

Revista Electrónica de Psicología Política

La Argentina Piquetera

Elio Rodolfo Parisí

Introducción

Este ensayo intenta reflexionar respecto de la aparición de los grupos denominados "piqueteros", como consecuencia directa de políticas que han generado aumentos sustantivos en la población desempleada, en el contexto de la Argentina contemporánea. Para ello se realiza, en una primera parte, una síntesis de la historia que comienza a gestarse a mediados de 1944, resaltando los hechos más significativos respecto de un tipo de economía que generó una sociedad particular, que se denominó Estado de bienestar. Luego se avanza en esa síntesis histórica, para arribar a la década de los noventa, con la aplicación estrepitosa de una economía de mercado, que subvierte la relación entre los individuos, el Estado, el mercado y el trabajo y crea un nuevo sector diferenciado de la población: los desocupados. A partir de acá se trata de entender cómo los desocupados ven debilitada su identidad y algunos pueden configurar una nueva identidad a través de convertirse en piqueteros y contribuir al cambio social como actores sociales destacados.

El Estado benefactor

El conflicto social, expresado a través de la lucha de clases, pareció haber desaparecido en los diez años del gobierno menemista (1989-1999). Con la aplicación de las políticas neoliberales en la Argentina, que comenzaron trágicamente en 1976 (instauración por la "fuerza" de las Fuerzas Armadas en la institucionalización Argentina, a través del Proceso de Reorganización Nacional), se comenzó a desandar el Estado de Bienestar que había instaurado el mismo peronismo en 1946.

Cuarenta y tres años más tarde, en 1989, gana la presidencia Carlos Menem (peronista) y se produce una aceleración del proceso de ruptura del Estado benefactor, que el mismo peronismo había puesto en marcha, logrando una consolidación del modelo neoliberal propuesto por Hayek -tomado como propio por el Fondo Monetario Internacional y el capitalismo mundial- y aplicado en otras partes del mundo.

Paradójicamente, Juan Domingo Perón, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, durante las Presidencias de facto de Pedro Pablo Ramírez (1943-1944) y Edelmiro Farrell (1944-1946), había puesto en marcha una fuerte política social que le sirvió para fortificar el movimiento obrero existente, que luego se constituyó en el movimiento más importante de Latinoamérica.

Hasta ese momento, la producción en la Argentina era por demás muy limitada: se asentaba únicamente en la carne y los cereales. Sólo había escasas industrias metalúrgicas livianas, industrias alimenticias y textiles, todas con características incipientes. No había casi energía hidroeléctrica y las usinas térmicas pertenecían a grandes consorcios internacionales. No se fabricaban automóviles, ni neumáticos, ni papel, ni hierro, ni acero. No teníamos flota mercante. Se explotaba de manera moderada el petróleo en la Patagonia y en el norte. El combustible líquido venía del exterior. No se explotaba el carbón y había unas pocas rutas asfaltadas. Los ferrocarriles eran ingleses y los teléfonos norteamericanos (Félix Luna, 1972)

La llegada de Perón a la Presidencia (1946-1955, en dos períodos constitucionales consecutivos) de la mano del descubrimiento de las masas, implicó cambios radicales para la Argentina. Por las condiciones económicas mundiales (nuestro país era un país acreedor que había enviado alimentos a Europa durante la segunda guerra mundial) nos ubicábamos en un lugar ventajoso, que redundaría en pleno empleo desde su incipiente complejo industrial, y este pleno empleo contaba con altos salarios.

Por otra parte, el país tenía un importante ahorro que definiría las políticas sociales que habrían de aplicarse en el gobierno de Perón.

Dos hechos significativos de las primeras presidencias de Perón (hubo una tercera en 1973) nos interesan destacar: la aplicación del Estado Benefactor y el descubrimiento del movimiento de masas. El conflicto social se ubicó entre los dueños de los medios de producción y la oligarquía por una parte, y los obreros y trabajadores por otra, constituyéndose así en un actor social con fuerza, protagonismo y organización para enfrentar al capitalismo y poder reclamar sus derechos laborales y civiles. Por cierto, tal como veíamos, el Estado jugaba un papel destacado en la defensa de los derechos sociales.

Durante 1954, curiosamente un año antes de la destitución de Perón, el sector asalariado logró la mayor participación en la distribución del ingreso nacional, equivalente al 50,08%. No deja de llamar la atención que al año siguiente, de la mano del General Lonardi, se produce el comienzo de la Revolución Libertadora que terminaría con las dos primeras presidencias de Perón .

Aunque el peronismo, de la mano de Perón, volvió al poder recién en 1973 (y hasta su muerte, en 1974), la vida de Perón -aún estando exiliado- significó la garantía del funcionamiento del Estado de Bienestar. Por cierto que el regreso de Perón en 1973 fue caótico y sumergió a una Argentina ya muy convulsionada, en un proceso de desenfreno institucional que contribuyó a la producción del golpe de Estado de 1976.

El Estado al servicio del mercado

El golpe militar de 1976 -considerado el más brutal de los hasta ahora conocidos en la historia Argentina- perseguía, no la instauración de la racionalidad en la institucionalidad argentina, sino, el terminar de desarmar lo que quedaba de ella, para comenzar con la aplicación de políticas neoliberales.

El rumbo que se le dio a la economía fue ultraconservador y, para llevarlo a cabo, se utilizó la política del terror (desaparición forzosa de personas, restricción de las garantías constitucionales, ataque a la prensa independiente, etc.). Todo tipo de protesta fue acallada y hubo siete largos años de silencio. La resistencia estuvo representada por las Madres de Plaza de Mayo y Abuelas de Plaza de Mayo, mujeres que buscaban a sus hijos y que lograron un nivel de organización muy importante e interesante. Sólo que, en este caso, la lucha era por los desaparecidos, aún cuando ellos representaban precisamente la metáfora de la "desaparición" del conflicto de las clases sociales.

En 1983, luego de la estrepitosa derrota durante la Guerra de Malvinas (1982) que implica el regreso de los militares a los cuarteles (con una deuda externa siete veces aumentada, 30.000 desaparecidos, crecimiento de la pobreza, una gran deuda social, etc.) se llama a elecciones y asume un gobierno constitucional, de la mano de Raúl Alfonsín (1983 -1989), representando al partido radical. Durante este gobierno se produce una fuerte reaparición de los sectores sociales más castigados durante el golpe militar y la protesta social vuelve a tener actores, representados por sujetos provenientes de los partidos políticos tradicionales y de los sindicatos más convencionales.

Para los últimos años de la gestión de Alfonsín, la hiperinflación se apodera de la economía y el gobierno avanza en la sucesión de su mandato, entregando seis meses antes el poder al elegido Carlos Menem. Este es reelegido y durante diez años se mantiene en el poder. Con los servicios de Domingo Cavallo manejando la economía, sume al país en una de las crisis más graves que han azotado a la Argentina. Llevan la tasa de desempleo del 7% al 19%; privatizan todas las empresas de la Nación a favor de particulares (ferrocarriles, electricidad, petróleo, etc.); endeudan drásticamente al país (la deuda externa crece desde 60.000 millones de dólares -1989- a la suma de 140.000 -1999-, a pesar de haberse pagado casi 200.000 millones al Fondo Monetario Internacional durante el período 1976-1999); desarman los movimientos obreros; disminuyen la renta a las grandes ganancias (instauran un sistema fiscal regresivo), etc.

La década del menemismo en el poder resulta ser nefasta para la institucionalización del país. La corrupción de todas las esferas políticas, judiciales y legislativas alcanza ribetes sobredimensionados e intolerables. Durante esa época, se les quita poder a los sindicatos al generar un crecimiento desmedido de la desocupación, lo que en términos prácticos significa un "ejército de desocupados" que quiebra el poder sindical, al converger en el mercado laboral un excesivo número de mano de obra desocupada y, por ende, barata y sin demasiadas pretensiones. Esto se acompaña de contratos "basura" donde se dejan de respetar los mínimos derechos laborales, convirtiendo a los trabajadores en "esclavos" modernos y perdiendo en el camino cuarenta años de lucha sindical en pos de los derechos de los trabajadores.

El Estado se endeuda para indemnizar a miles de trabajadores y "capacitarlos"

para la "reconversión productiva" prometida. Por cierto, que lo que hace es expulsarlos del mercado laboral hacía una realidad incierta en pro de una racionalización del Estado.

Los datos no dejan de ser interesantes: en 1974, la masa de empleados públicos era similar a la actual, 1.250.000. El discurso que sostenía la necesidad de achicar el Estado, venía de la mano de controlar el gasto público. Los datos acá también son llamativos: la deuda externa pública era de 5.000 millones en 1974; en la actualidad es de casi 200.000 millones de dólares. Nos deberíamos preguntar por qué parte de la geografía estatal y/o privada se ubicó el tumor que generó tanto gasto y tanto endeudamiento.

La reconversión productiva consistió en la ampliación de la brecha entre ricos y pobres y un crecimiento masivo de la pobreza, llevándola a límites insostenibles: en la actualidad supera el 50% de la población (en 1960 apenas si superaba el 5%).

Ante tanta desolación social, el amargo paisaje se potenciaba al percibirse la sensación de que a la gran mayoría de la población parecía no interesarle demasiado lo que pasaba. Se observaba un gran desinterés social y político: una suerte de descompromiso cultural e ideológico. La población parecía anestesiada y no aparecían actores sociales que se hicieran cargo de la protesta social. Los gremios dejaron de ser convocantes puesto que, además de lo mencionado, la burocracia imperante en ellos observó sin crítica alguna y, en algunos casos con complicidad, cómo se desguzaba el aparato estatal de características benefactoras y cómo se mancillaban los derechos de los trabajadores.

El cambio del mundo laboral y de las condiciones económicas conllevó también la estabilidad de la moneda -a fuerza de mayor endeudamiento del país- y esto se vio reflejado en el regreso al crédito. Esto se plasmó en el acceso de las clases más postergadas a la posibilidad de comprar en cuotas aquello que el sistema ofrecía (desde electrodomésticos hasta automóviles), con bajísimas tasas de interés y a muy largo plazo. Esto sedujo mucho a las mayorías y potenció y facilitó la reelección de Menem.

En búsqueda de cambio, en 1999 se elige para que gobierne la Argentina una Alianza conformada por sectores progresistas y el ala más derecha del viejo Partido Radical. Esta Alianza vuelve a romper los lazos de solidaridad con el electorado al tomar un rumbo diferente al propuesto durante la campaña política, donde se profundizan las políticas neoliberales llevadas a cabo por el gobierno de Menem, a medida que va perdiendo legitimidad la Alianza gobernante. Primero se rompe la Alianza, con la renuncia del Vicepresidente (Carlos Chacho Alvarez, octubre de 2000) y, a medida que los sectores populares y políticos dejan de apoyar al Gobierno de De la Rúa, éste cae estrepitosamente por un espontáneo reclamo popular, mezclado con saqueos no tan espontáneos, en medio de medidas antipopulares (reducción del 13% de los salarios, "acorralamiento" de los depósitos en los bancos, aumento de impuestos, etc).

Se hace cargo de la Nación nuevamente el peronismo , a través de la asunción

de la Presidencia por parte de Eduardo Duhalde, quien rompe con la estabilidad monetaria y genera una devaluación que ha implicado un empobrecimiento mayor, ya que la pérdida concreta sobre el salario ha sido superior al 50%

En ese contexto las mayorías, a partir de discursos falaces, fueron marginadas en un recorrido que finalmente las conduciría al escenario en que se encuentran: sin trabajo, con altos niveles de violencia, con altos niveles de mortalidad infantil, con desnutrición, etc.

Una nueva clase social : los desocupados y la búsqueda de la identidad perdida

Observamos que la época actual está caracterizada por la crisis de la modernidad -conocida como posmodernidad-. Los cambios sociales producidos en la Argentina, han ocurrido en gran parte del mundo. Prácticamente en todo occidente y en gran parte de oriente.

Esos cambios han generado situaciones conflictivas en los ciudadanos, que conllevan una alta cuota de desamparo social y colectivo. Esa fuerte sensación de desamparo que va apareciendo en el imaginario social, no sólo entre los desocupados, se explica dentro de un contexto donde han desaparecido los proyectos colectivos -propios de la modernidad- y, a nivel nacional, por el derrumbe de un proyecto nacional vigente durante cuarenta años y la sustitución por un proyecto impuesto, que no genera contención social alguna, ya que sus intereses se expresan en la dirección de la protección y aumento del capital.

La pérdida de los proyectos sociales conllevó el surgimiento de procesos de "personalización", que se distinguieron por la gran cantidad de elecciones de tipo privadas ("primero yo", "yo me salvo", "mientras yo esté bien, todo está bien", etc., por encima del bien común). Este vuelco hacia la persona, nos condujo a un estado de involución cultural, ya que en el imaginario social se abandonó la idea socializadora de grupo, de región, de nación. Esto permitió -y alentó- las políticas que permitieron el tránsito de un Estado benefactor a un Estado mezquino en estricto sentido social.

Los síntomas de los desocupados

Con el avance de la desocupación y las modificaciones macro económicas, algunos desocupados expresaron síntomas en su subjetividad (depresión, autoreproche, etc.) que no podían ser interpretados y relacionados -en un principio- con el cambio social, con lo que estaba sucediendo en un contexto más amplio. Es decir, con un tipo particular de contexto socioeconómico que tenía como propósito la generación de ejércitos de desocupados, encrucijada que el neoliberalismo plantea -como uno de sus ejes vertebradores-, expresado en la necesidad de crear desocupados a nivel masivo para quebrar el poder de

los sindicatos y así beneficiar al capital.

Entonces, algunos sujetos se hacían responsables de la falta de sus trabajos, desconociendo, tal como decíamos, la situación que vivía el colectivo social. Y esto fue aprovechado y a la vez instigado por el propio sistema, que lo utilizó para victimizar a los desocupados, responsabilizándolos de la suerte corrida. Y esto se acrecentaba más en el clima de "personalización" reinante, donde cada sujeto era el responsable de su propio destino. Entonces se caía nuevamente en los lugares comunes de responsabilizar al sujeto, para desviar el análisis respecto de la situación existente: el problema era individual y social y no puramente individual.

Al respecto, Alvaro Estramiana (1992) sostiene que el desempleo es, en consecuencia, tanto un problema social como individual, que no solo afecta a la estructura organizativa de la sociedad, sino también a aquellas personas que sufren en formas específicas sus consecuencias. No sólo son los aspectos económicos o políticos los que pueden verse afectados, sino también diferentes grupos de individuos o colectivos sociales a los que condiciona su bienestar psicosomático (pag. 3).

Por otra parte, en sociedades que han mantenido desde antaño una cultura del trabajo, poco espacio quedaba para explicar y contener a los desocupados. Primero, por la falta material y concreta de trabajo, luego para poder reflexionar respecto de cómo se podía ayudar a los que no conseguían trabajo y a los que se quedaron sin él.

Y esto ocurría debido a que socialmente, ha existido -y existe aún, aunque menguado- cierto nivel de reproche de aquél que no cumple con las expectativas de ingresar al mundo del trabajo. Una forma de repudio hacia las personas suele ser cuando se les reprocha que son vagas, o que por ser vagas, son excluidos del sistema de trabajo. Otro ejemplo en que pienso se refiere a que el estudio siempre ha sido un camino que facilita el acceso al mundo laboral, desde posiciones mejores en la escala social. Y recuerdo el latiguillo con que se responde a los jóvenes pertenecientes a la clase social media que no manifiestan interés en el estudio: "si no estudias, a trabajar". Es decir, siempre la orientación ha estado hecha hacia el trabajo, por un camino, o por otro, aún cuando se lo presente como una especie de castigo.

Sobre lo que venimos sosteniendo, Alvaro Estramiana (op.cit.) expresa: Uno de los objetivos de la socialización infantil es el aprendizaje de conocimientos que permitan al joven insertarse con posterioridad en el sistema productivo. ..El período de la adolescencia también tiene una importancia destacada en la construcción de la identidad. Si bien es cierto que la relativa facilidad de encontrarse desempleado, junto con la inestabilidad en el empleo pueden hacer disminuir el valor del trabajo, la contradicción entre los contenidos de una socialización ocupacional previa y la no obtención de un puesto de trabajo, pueden suponer un retraso en la formación de una identidad individual y social, una difusión de la identidad e incluso una desorganización de la personalidad (pag. 35).

El trabajo, como bien material, no sólo nos devuelve una identidad social, sino también, nos facilita el llevar adelante proyectos de tipo personal: tener una familia, aspirar a ciertas expectativas culturales (tener una casa, estudiar, hacer estudiar a nuestros hijos, viajar, vivir con algún tipo de dignidad, etc.). Alvaro Estramiana (op.cit) agrega que...podemos afirmar que el empleo sirve para dar una imagen de nosotros mismos, al mismo tiempo que provee de una posición y estatus reconocidos socialmente (pag. 35).

Marín (2001) expresa que ...el trabajo es parte de un proceso de producción en el que se proveen bienes y servicios que contribuyen al crecimiento de la sociedad y en el que el individuo se inserta, cuando puede, como parte de un engranaje a cambio de un salario o remuneración que le permite satisfacer variadas necesidades. Y resalta que, ...el trabajo tradicional, identificado mayoritariamente con el empleo estable, aún permanece en el imaginario de la sociedad, al menos como un símbolo de una realidad que se escabulle día a día, pero a la que no se resigna a perder.

Es interesante reflexionar respecto del hecho de que tanto el trabajo como la ausencia de él se ven reflejados en diferentes tipos de enfermedades. Pero así como vemos que el trabajo genera estrés, la falta del mismo conlleva depresión, alcoholismo, etc. Y esto ocurre por la fuerte significación que tiene el trabajo dentro de nuestro sistema de valores, de nuestras necesidades y dentro de nuestras costumbres.

Castells (1999) sostiene que ...la identidad, en lo referente a los actores sociales, se entiende como el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido. Debemos distinguir identidad de roles (que son ser: madre, vecina, trabajadora, etc.), que se definen por normas estructuradas por las instituciones y organizaciones de la sociedad. Las identidades son fuentes de sentido para los propios actores y por ellos mismos son construidas mediante un proceso de individualización. Aunque las identidades pueden organizarse en las instituciones dominantes, sólo se convierten en tales si los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización. Las identidades son las fuentes de sentido más fuertes que los roles debido al proceso de autodefinition e individualización que suponen. Las identidades organizan el sentido, mientras que los roles organizan las funciones. El sentido es la identificación simbólica, que realiza un actor social, del objetivo de su acción. La construcción de las identidades utiliza materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Los individuos, los grupos sociales y las sociedades procesan todos esos materiales y los reordenan en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial/temporal. Quien construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifiquen con ella o se colocan fuera de ella. Por lo tanto, la construcción social de la identidad

siempre tiene lugar en un contexto marcado por las relaciones de poder (pag. 29).

La identidad construida socialmente, donde el trabajo, oficio o profesión definen el sentido que tiene esa identidad, no deja espacio de construcción para el que está fuera del sistema de producción y consumo. Y esto ocurre porque existe un paralelismo entre identidad ocupacional e identidad personal. Por lo tanto, desde qué lugar se construye subjetivamente la identidad de un desocupado, acaso desde el "no hacer"?

Difícilmente pueda construirse una identidad social desde la negatividad. Uno no se presenta ante el mundo diciendo "yo no soy carpintero", uno resalta en la conceptualización de su propia praxis u oficio, lo que se "es" a través de lo que se "hace", siempre en sentido positivo. Y esto, además, contribuye al proceso de diferenciación con los otros.

Además, uno se pregunta, entonces, qué lugar social se reserva para los desocupados? Qué tipo de protesta puede efectuar un sujeto que carece de todo tipo de relación de dependencia? A quién afecta cuando está de paro, si su condición es la de estar de "paro" todo el tiempo...? Qué hace con su ocio improductivo...?

Para cerrar esta parte, citaremos las conclusiones a las que arriba Alvaro Estramiana (op.cit) respecto de los cambios que caracterizan la situación de desempleo:

1. Reducción de ingresos.
2. Restricción de la variedad de la vida personal.
3. Reducción de metas y actividades.
4. Disminución de la capacidad en la toma de decisiones.
5. Menor desarrollo de los conocimientos y capacidades personales.
6. Exposición a actividades psicológicamente desestabilizadoras.
7. Incremento en la inseguridad respecto del futuro.
8. Restricción de las relaciones interpersonales.
9. Pérdida de la posición y el estatus social.

Los piqueteros

En 1996 y en 1997 comenzamos a observar cómo fue apareciendo un nuevo método de protesta, con nuevos actores sociales clave. Y este nuevo método sorprendió, especialmente, a las viejas y burocráticas organizaciones gremiales.

Aparecieron en la escena social aquellos que comenzaron a cortar rutas y carreteras. Y tomaron un nombre de origen español que hace referencia a la actividad de cortar el tránsito por las calles como forma de protesta, conocidos con el nombre de piquetes. De ahí sacaron su nombre -piqueteros- sin percibir, quizás, que estaban diseñando una nueva ubicación social, que les

devolvería, o les brindaría una nueva identidad, al menos transitoria, en esta particular coyuntura.

Esto comenzó en la Patagonia neuquina y en el extremo norte de Salta y Jujuy. Y vino como consecuencia de la privatización de YPF, la petrolera estatal del país.

En principio, el gobierno distribuyó planes sociales para dividir la protesta, conducta típica del clientelismo gubernamental. Pero los cortes se fueron rápidamente trasladando a Buenos Aires, hasta que a finales de 1997, llegaron a Florencio Varela. Y así, lentamente, fue creciendo este tipo de protesta social, que es la más importante en la actualidad.

Lo que el gobierno soslayó, en todo momento, fue el hecho de que los "piqueteros" adquirieron una especie de identidad social que los comenzó a definir como tales y que, además, los construyó como actores sociales clave de la protesta social. De ser desocupados pasaron a ocupar un fuerte rol en la escena social. Y esto sucedió no sólo para aquellos que fueron expulsados del mercado laboral, sino para aquellos que nunca ingresaron a éste.

Esta nueva escena social, llevó a los piqueteros a establecer lazos de solidaridad firmes. Y para esto se plasmaron los planes de empleo del gobierno, que en su gran mayoría fueron concebidos con fines improductivos y asistencialistas, con el fin de transformarlos en proyectos auténticamente productivos. Así han surgido lo que ellos denominan

"microemprendimientos": como ser, una panadería solidaria en el barrio, un taller de herrería, un taller de capacitación en oficios (electricidad, albañilería, biblioteca popular, etc.), un horno mixto para actividades comunitarias, un obrador para la fabricación de ladrillos, una guardería y un comedor escolar (Francesc Relea, 2002).

Al decir de Castells (op.cit.) han conformado una identidad de resistencia, que es aquella generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad.

No obstante, y tomando a Castells, habrá que observar si esta identidad podrá llegar a ser una identidad de proyecto, que es definida por el autor cuando los actores sociales, basándose sobre los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social (por ej. las feministas). De hecho, el autor sostiene que las identidades que comienzan como resistencia pueden inducir proyectos y con el tiempo convertirse en dominantes en las instituciones de la sociedad, con lo cual vuelven identidades legitimadoras para racionalizar su dominio.

Castells define, en tanto, a la identidad legitimadora como aquella que es introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales.

Como todo cambio social, este movimiento encarnado por los piqueteros tiene

sus resistencias a nivel de la población en general. Los medios masivos de comunicación que, por cierto, responden a intereses del status quo, son los que más atacan a los piqueteros. Se los concibe y describe como la causa de todo mal, como la insurrección incorrecta que molesta a todos y cada uno de los ciudadanos.

A su vez, los ciudadanos, esgrimen prejuicios sobre ellos: "que son unos vagos que viven a costa del Estado", "que hay que sacarlos de los paisajes urbanos", "que no respetan nuestros derechos", "que a estos negros les hace falta mano dura", "que son violentos y andan encapuchados" (cuando, se tapan la cara, en realidad, para que la policía no tome represalias sobre ellos), etc. Esta manera de simplificar la realidad, es típica de quienes se sienten amenazados por algo nuevo. Y en este caso, al ser actores del cambio social, que sin bien nos convoca e influye a todos, generan un cierto nivel de rechazo social esperable.

Creo, particularmente, que no sólo no se les reconoce el papel fundamental que están teniendo al hacerse cargo de la protesta social, sino también el que se quiere negar el hecho de que reflejan una nueva Argentina. Es decir, son las caras visibles de un país que se está dejando atrás, a pesar de todo el malestar social que esto genera.

Y quizás el mayor temor no radique en las molestias que se generan al "obstaculizar el tránsito" , sino en que se nos presentan como un espejo de una realidad que nos cuesta conceptualizar, quizás por temor de que nos suceda lo mismo que a ellos. Es decir, que terminemos desempleados, mientras asistimos impávidos al "nafragio cultural e institucional del país burgués" (Beinstein, 2002). En este caso, los piqueteros estarían, con su presencia omnimoda, obstaculizando el imaginario social de una clase media fuerte, que se está desmoronando.

Los piqueteros han sido productos del cambio social , a la vez, que participan como una pieza clave de ese engranaje. Pero no se han detenido/paralizado en la fatalidad de los que nos sucedió como país. Ellos, como actores sociales activos y clave de la protesta social, están recurriendo nuevamente a un movimiento que tiene algunas características parecidas a los movimientos de masas, con un alto grado de organización (lo que les garantizará continuidad) y están contribuyendo a conformar otro tipo de cambio social, que - probablemente- convoque a la conformación de nuevos proyectos colectivos. Beinstein (op.cit.) sostiene que...la revolución necesaria solo puede nacer de la ruptura anticapitalista, punto de partida para la rehumanización de nuestra sociedad. Dicha ruptura solo puede ser concebida seriamente no como negación del pasado popular, de sus aspiraciones, fantasías, insurgencias, victorias efímeras y fracasos, sino como prolongación superadora de los viejos combates, basamento de la identidad que ahora intentamos reconstruir. Desde cualquier análisis social, se debe estar muy atento a las implicancias que este movimiento tendrá en la construcción de la historia de la Argentina reciente.

-
1. Doctor en Psicología y docente de Psicología Social y Psicología Política. Miembro del Proyecto de Investigación: Psicología Política. Universidad Nacional de San Luis - Argentina. E-mail: erparisi@unsl.edu.ar
 2. No será éste el lugar donde analizaremos ciertas características particulares de índole fascistas que fueron propias de las presidencias de Perón. Nos interesa mostrar de manera amplia los cambios sociales que se sucedieron en la década del 40.
 3. Se habla de un golpe de Estado económico, llevado adelante por Domingo Cavallo, quien inició una campaña de desprestigio del Gobierno de Alfonsín ante los organismos y acreedores internacionales.
 4. Diciembre de 2001.
 5. Luego de la renuncia de De la Rúa, asume la presidencia Ramón Puertas - entonces Presidente del Senado-. La Liga Federal de Gobernadores logra imponer a Rodríguez Saá en la presidencia quien se compromete a llamar a elecciones en el término de tres meses. Pero por impericia personal, presiones institucionales y políticas renuncia a la semana y finalmente asume Duhalde.
 6. En realidad, abandonado a su propia suerte, en un país repleto de desempleados.
 7. MacKenna y McEwen (en Alvaro Estramiana, op.cit.) identifican cuatro factores asociados al deterioro de la salud en el empleo: a) el estrés ocupacional, b) la contaminación ambiental, c) los accidentes laborales y d) las enfermedades laborales.
 8. Por cierto, tal como sostiene Alvaro Estramiana (op.cit.)...ni toda situación de desempleo es psicológicamente negativa, ni todo empleo es psicológicamente beneficioso. Esto es porque no se puede olvidar que las condiciones bajo las cuales se realizan muchos trabajos tienen, a veces, repercusiones peores en la salud mental y física que las que están asociadas a la falta de un trabajo remunerado.
 9. Miguel Bonasso (2003) sostiene que el nombre de piqueteros fue puesto en homenaje a los viejos piquetes de las huelgas fabriles. (Revista Casa de las Américas, N° 230, enero-marzo/2003, Cuba)
 10. Durante el año 2001 se movilizaron más de 100.000 piqueteros en todo el país, donde concretaron más de 1000 cortes de rutas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARO ESTRAMIANA, J.: (1992) "Desempleo y bienestar psicológico". Siglo XXI Editores. España.
- BEINSTEIN, J. : (2002) "Argentina: la instalación de la economía de penuria". <http://www.eurosur.org/rebellion/economia/beinstein160502.htm>
- CASTELLS, M. : (1999) "El poder de la identidad" en "La era de la

información: Economía, sociedad y cultura". Volumen II. Siglo XXI Editores. España.

LUNA, F.: (1972) "Argentina: de Perón a Lanusse". Editorial Planeta. Bs. As.

MARIN, L.: (2001) "La multidimensionalidad en la construcción del trabajo como objeto de estudio". Revista Fundamentos en Humanidades, Año II, Número II (4). Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de San Luis. Argentina.

RELEA, F.: (2002) "La batalla se libra en la carretera". Diario "El País". España. Martes 27 de Agosto.

RODRIGUEZ KAUTH, A.: "Argentina y la experiencia piquetera". Revista Iniciativa Socialista N° 68, primavera 2003. Madrid